

Notas sobre la Información como "forma cultural"

Gonzalo Abril

Universidad Complutense de Madrid

Jornadas: *TEORIAS DA COMUNICAÇÃO*, Universidade da Beira Interior
28 y 29 de abril 2003, Covilha, Portugal

El concepto de información es un viejo amigo excéntrico de las teorías de la comunicación. Como suele ocurrir con los viejos amigos excéntricos, se le reservan espacios y momentos destacados de la vida, se disimulan y perdonan sus frecuentes impertinencias y, sobre todo, nunca se cuestiona su carácter, por miedo a romper la amistad o a verse controvertido uno mismo en el acto de controvertir al otro.

La neblina conceptual que envuelve a la información pone a la comunicación al abrigo de la historicidad. Resulta a todas luces inapropiado hablar de cualquier sociedad como "sociedad de la información", pues ésta denominación conviene exclusivamente a algunas sociedades concretas de la modernidad tardía, cuando no a la modernidad tardía misma en tanto que modelo socioeconómico abstracto. Frente a ello, la teoría puede atrincherarse en la evidencia de que no hay sociedad sin comunicación y de que toda sociedad es en tal sentido "sociedad de la comunicación". Ante tan perentoria universalidad, las teorías de la comunicación han evitado abordar las determinaciones histórico-culturales de la información, abrigándose con ello de los rigores críticos y secularizadores de la historia y de la severidad relativista del análisis cultural, y subyugando en fin, la multiplicidad histórico-cultural de las formas de comunicación bajo la "*potencia de lo uno*" (por citar libremente a Badiou, 2002, cuando caracteriza el proceder de la teología metafísica)

Trataré de asomarme por una rendija para ver si la presencia ya habitual del amigo extravagante en la casa de la comunicación no ha alterado hasta tal punto sus costumbres y su modo de ser que hoy pudiera afirmarse con fundamento: por la influencia de la información, la comunicación ya no es lo que era.

Comenzaré por referirme a un primer ángulo histórico del problema, aunque éste quizás apenas alcance la significación de lo anecdótico y sólo interese en el ámbito nacional y nacional español. Se trata de la denominación de las instituciones académicas hispanas en que se imparten enseñanzas de periodismo, comunicación audiovisual y publicidad: las facultades universitarias de reciente creación suelen bautizarse como "Facultades de Comunicación" o de "Ciencias de la Comunicación" y rechazan, por exclusión, el título de "Información" o "Ciencias de la Información". Este nombre, que se mantiene sin embargo en la correspondiente facultad de la Universidad Complutense, desde su fundación en los primeros setenta, se percibe generalmente como arcaico

por una razón fácilmente explicable: el nombre de “información” se adoptó por referencia a la *información periodística*, como una herencia de la vieja “Escuela de Periodismo” de la época franquista. Incluso el bautizo de asignaturas como la troncal Teoría General de la Información, no estuvo motivado por la acepción cibernética o de la teoría informacionalista de Shannon y Weaver, desde luego, ni tampoco por referencia a la documentación y/o al planeamiento científico-técnico de la organización del conocimiento, sino por una razón política: el afán de acaparar bajo un solo descriptor todo el conjunto de los posibles estudios sobre periodismo -nuevamente desde la indiscutida sinonimia entre “información” e “información periodística”-, y competir de paso con espacios de poder académico afines.

Por si fuera poco, la “información” había proporcionado al franquismo el eufemismo para la regulación de las prácticas de propaganda y justamente de des-información, y el Ministerio de Información y Turismo, el que fue regentado en los años sesenta por el actual presidente de Galicia y miembro fundador del PP, el partido neofranquista que hoy gobierna en España, no era sino el ministerio de la censura.

Pero hé aquí que la información, arrancada de las fachadas de los centros universitarios españoles por repudio del arcaísmo y de la connotación franquista, retorna desde hace varios años a la agenda académica desde otro lugar. Desde el mismo, ahora, para las academias de todo el mundo. Ese lugar no es ni más ni menos que el ya ubicuo e impreciso tópico de la “sociedad de la información”, la “era de la información”, las “nuevas tecnologías de la información”, las “autopistas de la información”... El concepto reaparece como respuesta a demandas económicas, sociotécnicas y epistemológicas de un orden global en el que la trinidad comunicación-información-conocimiento fulgura desde el cénit de una sociosfera supuestamente mundializada.

Y sin que esa nueva centralidad parezca exigir una definición positiva de la información, sin que su contenido categorial –ya no como “información periodística”, ni como medida probabilística de la novedad de una señal, ni como sinónimo de “contenido proposicional” en la perspectiva lógico-semántica¹, obviamente, sino según las acepciones más recientes que acabo de mencionar-reclame un poco de atención teórica. Como suele ocurrir con las expresiones que poseen una gran corpulencia pragmática y/o normativa (“te quiero”, “seguridad”, “terrorismo”, “inmigrante”...) su precisión semántica es, en sentido inversamente proporcional, muy baja. Casi nadie parece necesitar saber de qué se trata exactamente cuando se habla de “información”, y el concepto se reproduce sobre ese sospechoso fondo de indeterminación no problemática. Incluso en contextos académicos, mediáticos y políticos se suele dar por buena su equivalencia con el concepto de “comunicación”, una sinonimia que, como he dicho, no resiste el test lingüístico más elemental.

De manera para mí sorprendente, en su ambiciosa obra sobre *“La Era de la información”* Manuel Castells no propone tampoco una definición positiva del concepto. Se limita a presentar en una pasajera nota al pie y bajo el modo condicional, entre la desgana y el escepticismo, una definición ajena: “me reincorporaría a la definición de información propuesta por Porat en su obra

¹ A estas acepciones he hecho referencia en el primer capítulo de Abril, 1997.

clásica”. La definición citada resulta tan imprecisa como: “La información son los datos que se han organizado y comunicado” (Castells, 1997-1998, vol. 1: 43, n. 27). Imprecisa porque la expresión no determina si el doble predicado de organización / comunicación es explicativo o especificativo: ¿se trata de los datos *praeter* o *qua* organizados y comunicados?

Aun cuando en la obra de Castells, y como puede inferirse ya de su referencia a Porat, predomine la perspectiva de una “economía de la información” (cfr. Mattelart, 2002: 65-72), la información de la que trata Castells, y en general de la que se suele hablar bajo los epígrafes “era” o “sociedad de la información”, no significa acopio o conjunto de datos, sino un proceso de segundo grado que los “informa”. Y aún más, no simplemente un proceso cognitivo sino social y cultural en el más amplio sentido, un proceso a la vez sociotécnico, epistémico y semiótico.

Esta *información densa* que se hace presente en muchas expresiones comunes del lenguaje contemporáneo no admite forma plural: Nunberg (1998: 117) advierte que “era de la información” no se deja traducir por “era de las informaciones”, porque designa una variedad “abstracta” de la información que de hecho no estuvo presente en ninguna lengua antes de mediados del siglo XIX. Aún más, esta forma de hablar remite a dos supuestos: el reconocimiento de una correlación entre el tamaño de un texto y la cantidad de contenido que posee, “un paso que implica la generalización de contenido esencial para el papel cultural que exigimos a la información”, y la prioridad del contenido comunicado a expensas del privado o irreproducible.

Así pues, por lo que se refiere a la “comunicación” a la que Castells alude, lo que conduciría a una definición no trivial es la idea de que los procesos de información tienen que ver con datos intencionalmente ordenados a la comunicación, espacializados, fraccionados y seleccionados *precisamente por y/o para ser comunicables*. La selección de “unidades de información” con una identidad semiótico-cultural precisa, y la “comunicabilidad” como requisito constitutivo -a la vez cognitivo, textual y técnico- de esa selección, sí me parecen propiedades definitivas de la información.

El *Diccionario de la Real Academia Española* propone como tercera acepción de “dato” una representación “adecuada para su tratamiento por un ordenador”, es decir *orientada al procesamiento y a la comunicación*, pero la restringe al ámbito de la informatización, que es para mí sólo uno de los modos de la información: el que han desarrollado las tecnologías informáticas. Y sin embargo, desde el punto de vista que aquí defiendo, también las entradas léxicas del *DRAE* son “unidades de información”, y el diccionario mismo un dispositivo informativo ejemplar. La convención alfabética que ordena las voces para hacerlas más fácilmente accesibles², la correspondencia entre vocablos y definiciones siguiendo un formato visual y un discurso expositivo comunes, la modularidad de cada segmento que permite, llegado el caso, eliminar una entrada o introducir nuevas, son propiedades “informativas” en el sentido de una “forma” o “matriz cultural” específica, la que aquí

² Como señala Maciá (2000: 312), la técnica normalizadora de la ordenación alfabética se desarrolló con la imprenta y al mismo tiempo que la numerización de las referencias: “«hoy vamos a empezar en la página siete, tercera línea» es algo que un maestro sólo puede decir a sus alumnos desde que hay libros impresos y por tanto idénticos”. Maciá amplía los comentarios de Ong sobre los “*Epitheta*” de Ioannes Ravisius Textor (1518) cuyas entradas aparecen ya alfabetizadas, aunque sólo por la primera letra, de tal modo que “al” o “ar” pueden preceder a “ab” o “ag”. Y la voz “Apolo” aparece en primer lugar porque se refiere al patrón de los poetas. Maciá comenta con acierto que este hecho pone de relieve “la violencia psicológica que supone la ordenación alfabética” para la mentalidad de la época. Pero esa violencia puede ser vista también como expresión de la persistencia de una mentalidad simbólica premoderna aún no plenamente desbancada por la racionalidad funcionalista que corresponde a la ordenación formal del alfabeto.

trato de proponer.

El concepto de “organización”, también comprendido en la dubitativa definición de Castells, es pertinente a condición de que se inscriba en un contexto sociohistórico particular: el de sociedades modernas que no sólo organizan sus signos, como cualquier sociedad humana, en orden a la representación, al hacer práctico y a la reproducción cultural, sino que lo hacen dentro de *sistemas técnicos o expertos de producción y reproducción simbólica especializada*. Es la organización lo que constituye al dato, y no al revés. Por ejemplo, y tal como señala García Gutiérrez (1996: 16) respecto a la información documental: es el proceso de registro, de procesamiento y de recuperación lo que produce el “hecho documental”. En general, según entiendo, no hay hechos informativos indiferentes a las características técnicas, económicas, institucionales, cognitivas y textuales de los sistemas expertos que los producen.

Esas características predeterminan la información en tanto que recurso económico cuantificable -tal como analiza la economía de la información- ajustándola a las condiciones del mercado, a sus instituciones y prácticas, y a los procesos de consumo. De ahí que por ejemplo se haya podido calificar a la información periodística -una de las expresiones particulares de la información como forma cultural moderna- de “conocimiento comercial” (Chibnall, 1981: 75). La información es conocimiento social que ha devenido *valor de cambio* en el mercado, a la vez que *valor signico* en la cultura; conocimiento sometido a la lógica de la intercambiabilidad generalizada tanto en el nivel de la economía política cuanto en el que Baudrillard (1974) denominó hace treinta años “economía política del signo”. De ahí que la insistencia en el enunciado “todo es información”, o “todo es informatizable”, compartida por teóricos como Lyotard y por prácticos como cualquier profesional del *management* posmoderno, por ideólogos del turbocapitalismo y por muchos ciberanarquistas, delate ni más ni menos que la victoria del neoliberalismo (también) como teoría y como práctica cultural.

Recientemente me vi en la necesidad de argumentar frente a un grupo de ciberactivistas defensores, como yo, del *free software* y de la libertad de copia, que la música, la imagen visual y la literatura no son “datos sin más”, como ellos pretendían, sino prácticas culturales complejas y, espero que todavía en gran medida, renuentes a la general *conmensurabilidad* de los discursos que hace posible la información. Ciertamente una canción popular puede ser *sampleada*, sus sonidos grabados y procesados digitalmente, luego reducidos a un formato informático que permitirá almacenarlos, reprocesarlos, transmitirlos y recuperarlos como información. Pero hay muchas cosas que han escapado de ese proceso: se ha escabullido el vínculo de esa música con el cuerpo y el gesto, la potencia socializadora y expresiva que atraviesa a la vez sonido, gesto, cuerpo y actividad colectiva -por ejemplo, al cantar juntos, al bailar juntos, al trabajar cantando o percutiendo-, la memoria semiótica y las formas del imaginario adheridas no sólo a la altura, sino al timbre, al tiempo, a la espacialidad sonora. No se trata de idealizar ese plusvalor simbólico refractario a la información, cifrando en él una nostalgia reaccionaria o una esperanza mesiánica. Se trata sólo de reconocer que en los procesos de comunicación hay fenómenos exuberantes, parámetros que exceden a la información, dimensiones no conmensurables.

Tan decepcionante como la de Castells, en lo que se refiere a la categorización de la información, es la propuesta de Marc Poster (1989 y 1990), aun viniendo de una perspectiva epistemológica muy distinta: para rimar conceptualmente con el “modo de producción” marxiano habla de un “modo de información”, haciendo hincapié en los aspectos lingüísticos y comunicativos de la vida social, adoptando perspectivas postestructuralistas y rechazando explícitamente del materialismo histórico la prioridad otorgada al trabajo y la concepción teleológica de la historia (puntos de vista que por lo demás comparto). El modo de información presenta, por una parte, el carácter transhistórico de una categoría clasificatoria, pues “designa la forma en que los símbolos se usan para comunicar significaciones para constituir sujetos” (Poster, 1989: 131), una definición que retiene el eco de la teoría althusseriana de la ideología (Althusser, 1974), pero de dudosa utilidad, pues si se entiende “símbolo” en un sentido muy general, la definición puede remitir a cualquier sistema cultural existente o posible.

En cualquier caso Poster aplica la noción de modo preferente a nuestra contemporaneidad cultural: el modo de información designa entonces “las relaciones sociales mediadas por sistemas de comunicación electrónicos, lo cual constituye nuevos patrones de lenguaje (...) Una importante nueva dimensión de la sociedad avanzada es concerniente al lenguaje y sólo puede ser investigada por medio de conceptos basados lingüísticamente” (Poster, 1989: 126). Haciéndose por tanto eco del giro lingüístico del pensamiento del siglo XX, el autor no quiere, de todas formas, reabrir la brecha del dualismo entre acción y lenguaje e invoca a favor de su visión sintética categorías como la de “discurso / práctica” de Foucault (1970): el modo de información no es un campo unificado sino una multiplicidad de discursos / prácticas.

En la sociedad moderna, argumenta Poster, la acción es mediada por la escritura y ya no sólo por el habla, como en las sociedades tradicionales. En el terreno de la acción y la decisión política, la mediación de discursos escritos como los de las encuestas, informes expertos, censos, etc. desempeñan un papel central. El proceso se intensifica en nuestra época de comunicación mediada electrónicamente: las distancias espaciotemporales entre emisores y receptores “crean la posibilidad de cambios estructurales en el lenguaje y en el modo en que los individuos son constituidos por el lenguaje” (Poster, 1989: 128).

Aun conteniendo afirmaciones indiscutibles, muchas de esas propuestas resultan triviales o inespecíficas: pocas alforjas hacen falta para viajar a la idea de que las relaciones sociales basadas comunicativamente son históricas y transitorias; o para llegar a la conclusión de que en los patrones de la experiencia lingüística se revelan estructuras de dominación tanto como potencialidades de emancipación (Poster, 1989: 130). Pero sobre todo, ni éstas ni las otras presuntas propiedades del actual modo de información llegan a diferenciarlo adecuadamente: la organización espacio-temporal siempre ha afectado estructuralmente al lenguaje y a la subjetividad. No son, en mi opinión, los “nuevos patrones lingüísticos” el rasgo más definitorio de la matriz cultural informativa, sino en todo caso los modos textuales que articulan el lenguaje con otros registros semióticos (icónicos, plásticos, tipográficos, fonográficos, etc.) dentro de ciertos formatos visuales y sonoros. No se trata, pues, de patrones lingüísticos sino de conformaciones de la experiencia sensorial y de la actividad textual-discursiva. Por otro lado, la supeditación del lenguaje a las lógicas del mercado (su

conversión en “mercancía rentable”, como decía Lyotard, 1984) y a los procesos de reproducción del capital sí me parecen fenómenos característicos del “modo de información” contemporáneo. En el que Sierra Caballero (1999: 264) llama “neocapitalismo informativo”, el lenguaje “aparece mediatizado por la colonización de las necesidades de reproducción del capital, a través de la omnipresencia de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías informativas”. Esa colonización establece patrones de uso y de difusión específicos, y asigna formas de privatización del conocimiento y de la educación, y por tanto de procesos lingüísticos, con especial intensidad en nuestros días.

En cualquier caso la información en tanto que forma cultural inició su gestación mucho antes de que los medios electrónicos se convirtieran en dispositivos fundamentales de mediación y antes de que las industrias culturales alcanzaran su actual apogeo oligopolístico.

Mucho antes, también, de que la teoría probabilística de la información, y más en general el paradigma de la cibernética como “ciencia de la comunicación y del control” propusiera un modelo de la comunicación que habría de resultar extraordinariamente influyente en el conjunto de las ciencias sociales y las humanidades durante la segunda mitad del siglo XX, proponiendo el *canon* científico para la información y para su legitimación como forma cultural rectora de la modernidad tardía.

Las sociedades modernas (y/o posmodernas) fueron transformándose en *sociedades de la información* en la medida en que se adoptaron medios de producción, intercambio y difusión del conocimiento cada vez más amplios y diversificados. Para que este proceso fuera posible, las más variadas prácticas comunicativas: desde la enseñanza al periodismo, desde la documentación a la interpretación y traducción de idiomas, de la cartografía al patronaje industrial, del arte audiovisual al diseño de máquinas inteligentes, precisaron infraestructuras tecnológicas e institucionales comunes. Lo cual suponía la existencia de marcos compartidos de conocimiento teórico y práctico, de vocabularios, destrezas, memorias e imaginarios, estilos cognitivos y formas de la sensibilidad y del sentimiento.

El *rewriting*, es decir, la escritura periodística estandarizada que se inició en el siglo XVII (según Gomis, 1989), debió de desempeñar un papel importantísimo en la configuración de la *esfera pública* y en la homogeneización de un ámbito social pre-masivo. La homologación de múltiples discursos y lenguajes sociales conforme a formatos y a juegos del lenguaje periodístico naturalizados como “neutrales” facilitaron el sometimiento de la diversidad estilística, retórica, expresiva, pero también moral e ideológica, a una espacio de *comunicabilidad* capaz de trascender las *jurisdicciones simbólicas locales*. El mismo imperativo de una comunicabilidad translocal se impuso en la escritura científica, en las escrituras técnicas y en el conjunto de las prácticas semióticas que sustentan la posibilidad de las *comunidades hermenéuticas o textuales* modernas.

En los marcos sociales de la comunicabilidad coexisten aparentemente la homogeneidad y la heterogeneidad de los universos de sentido: compartimos horizontes de significación pero también mantenemos áreas de exclusión simbólica recíproca (a esto se refieren los embarazosos conceptos

de pluri o multiculturalidad). Sin embargo, gran parte de las reglas que fijan la conmensurabilidad de las perspectivas y los discursos en el mundo moderno -las que, por tanto, instituyen el espacio público mismo como ámbito de comunicabilidad- permanecen ampliamente intangibles e invisibles, al modo de un *inconsciente político*. Por ejemplo, difícilmente se podría independizar la *panopsis* constitutiva del discurso periodístico, su mirada ubicua y centralizada, sus formas de unificar la multitextualidad social, sus características figuras de metaforización, puesta en escena y *editing* (la imagen del planeta girando en la cabecera del telediario, la rueda de correspondales en conexión simultánea, etc.) de las condiciones de eurocentrismo colonial en que se gestó la prensa moderna, ni de las estructuras de una subjetividad burguesa, masculina y europea como la que fijó inicialmente las perspectivas de la vida pública y de la ciudadanía.

Durante los dos últimos meses, con ocasión de la devastación de Iraq por las huestes angloamericanas, hemos tenido acceso a través de internet y de televisión a medios de comunicación árabes. Aun más fácilmente que la diferencia de puntos de vista era constatable la comunidad de los lenguajes informativos y de los estándares profesionales de esos medios con los de “occidente”. La denominación de “CNN árabe” para la cadena Al Jazeera no resulta tan descabellada, después de todo.

Con la expresión “información como forma cultural”, o “como forma simbólica” quiero indicar, pues, lo siguiente: un modo histórico-culturalmente determinado de la textualidad y con él una forma y unas operaciones particulares de conocimiento, una *episteme*; pero también toda una configuración del ecosistema comunicativo y textual. La concepción funcionalista-positivista de la información como “recopilación” y “distribución” relativas a “acontecimientos en el entorno” (Wright, 1976) resulta obviamente reductiva, dado que la información no sólo informa *sobre* el entorno, sino que *informa el entorno*, y por ende la relación de los sujetos con él. La información, en tanto que proceso moderno, lo es de un mundo ya informado, incluso “formateado” por sus propias operaciones. No opera sobre cosas sino con/sobre inscripciones (en el sentido de Latour³) y consignaciones (en el de Derrida⁴). En fin, la información no es reducible a una “función” ni a un “efecto” cognitivo, porque supone una compleja *matriz de significación*, un conjunto quasitrascendental de condiciones formales y prácticas para producir sentido. Esto no significa exactamente que la información, los textos y prácticas informativos liquiden otras formas históricas de la textualidad, como la narración o el debate dialógico, pero sí que los alteran, o mejor, los mediatizan.

La modularización, la puesta en formato, la consiguiente reordenación de la actividad lectora

³ La información, escriben Latour y Hermant (1999: 162), “no es un signo, sino una *relación* establecida entre dos lugares, el primero convertido en periferia y el segundo en *centro*, que se da con la condición de que entre los dos circule un *vehículo* al que se suele llamar forma pero que para insistir en su aspecto material, yo llamo *inscripción*”.

⁴ El poder “arcóntico” de los archivos combina la unificación, la identificación, la clasificación: el conjunto de operaciones que pueden agruparse bajo la categoría de la *consignación*, como “reunir signos” y “asignar residencia” y, sobre todo bajo la idea de un sistema sincrónico abrigado por una unidad de configuración ideal. A los mecanismos de homogeneización se añade, pues, un simultaneamiento de los signos que permite percibirlos, interpretarlos y tratarlos mediante la neutralización de su dimensión temporal, en unidad de espacio (Derrida, 1997: 10-24).

son algunas de las operaciones de esa *mediación informativa*, a las que voy a referirme. Pero antes he de comentar brevemente qué entiendo por “unidad informativa”, a saber, la clase de constructo textual que ellas producen.

La práctica del fragmento al que llamo “unidad informativa” se fue instaurando en la ciencia y en el periodismo, en el manual didáctico como en el catálogo comercial y en las bellas artes, en la medida en que los más diversos segmentos textuales fueron sometidos a procesos de fraccionamiento, selección y homologación, y rehabilitados en prácticas comunicativas *diversas* de aquellas de las que habían sido extraídos: bien sea para ser trasladados de un contexto local a un contexto global, o de una periferia a un centro -como dice Latour-, bien para ser transportados o traducidos de un espacio social a otro cualquiera⁵.

La *unidad de información*, en tanto que pieza funcional susceptible de ser conmutada, vehiculada, rearticulada en distintos conjuntos textuales, trasladada en el espacio y en el tiempo, ha de poseer una propiedad *monádica*. Ha de ser, como dictan los manuales de redacción periodística respecto a la noticia, un segmento *autoexplicativo*, que no requiera de la remisión a un exterior para ser inteligible o interpretable.

Nunberg (1998) -adoptando el punto de vista de Walter Benjamin (1991/1936), cuando alegaba que la información pretende ser “comprensible de suyo”- habla de la “autonomía” de la información, en el sentido de que el contexto que le otorga autoridad al documento informativo está contenido en la forma del documento mismo. Es decir, según los términos que aquí propongo, dimana de un *formato* inteligible y sensible, a su vez legitimado históricamente, entre otras, por razones de eficiencia comunicativa y operativa. Así pueden diferenciarse la información de la *inteligencia*, cuya validez se sustenta, como la del saber narrativo analizado por Benjamin, en la experiencia (*Erfahrung*)⁶.

Un fragmento, que como unidad funcional podrá alcanzar la relativa autonomía de una *unidad de información* –una ficha en una base de datos, una noticia en una página del periódico, una *lexia* en un hipertexto⁷, pero también un gesto corporal codificado como acto productivo idóneo en la cadena de montaje taylorista⁸-, el fragmento textual moderno, ya no es una parte reintegrable en un

⁵ De tal manera que el *ready-made* antes que un *género* del arte de vanguardia constituye un dispositivo *generativo* estandarizado de la cultura moderna. Y a este respecto, las observaciones de García-Miguel (2001) sobre el *ready-made* son muy útiles para entender cómo el acondicionamiento funcional y formateador del fragmento semiótico presupone un acondicionamiento general del ecosistema cultural: “Hoy cualquier duplicación es ya la enésima copia de otra copia, y nadie se molesta en rastrear el paradero de un original perdido de dudosa autenticidad. En la elección de un *ready-made* la duplicación muestra su proliferación autónoma sin el concurso de ningún artífice. Aunque luego lo firme un tal Duchamp, todos sabemos (él el primero) que la elección sólo ha sido posible gracias a que el objeto contenía en sí su duplicación como obra de arte. El firmante ya no puede aspirar a la categoría de autor pues no aumenta el número de las cosas del mundo, y debe conformarse simplemente con la categoría de *señalador*”.

⁶ “Leemos los documentos de la red, no como información sino como inteligencia, lo que exige una garantía explícita de uno u otro tipo (...) La garantía proviene a menudo, como la inteligencia de los viejos, de fuentes cuya fiabilidad juzgamos por propia experiencia” (Nunberg, 1998: 135).

⁷ Landow (1995: 14-15) toma el término *lexia* de Barthes (1980), quien ya había anticipado la descripción de un ideal de textualidad coincidente con el actual hipertexto multimedia: un conjunto de bloques textuales con múltiples trayectos de lectura, en una forma de textualidad abierta y siempre inacabada. Los fragmentos textuales conectados son las “*lexias*”.

⁸ Luhmann (1997: 109) observa que “los procesos laborales en una perspectiva tayloriana son subdivisibles en acontecimientos de acción elementales”. Al límite de la subdivisión se encuentra el *unit act*, “acontecimiento elemental de una acción unitaria”. Esta unidad accional en la cadena de montaje es el correlato de la unidad de información en los textos regidos por una matriz cultural informativa. Como explica Coriat (1982: 36), la novedad introducida por la *organización científica del trabajo* a principios del XX “se refiere ante todo al hecho de que el control obrero de los modos operatorios es sustituido por lo que se podría llamar un «conjunto

todo simbólico⁹, sino una fracción funcional, conmutable y modularmente conectable.

La *modularización* textual es un proceso que opera allá donde se da la aplicación de reglas de fragmentación, normalización y conexión entre unidades informativas. Todas las técnicas y textos impresos (libros, carteles publicitarios, periódicos) entraron en una fase de modularización desde que se fueron definiendo sus formatos, el aprovechamiento del espacio y la distribución de los contenidos en orden a racionalizar los recursos del proceso productivo, por una parte, y a capturar el interés lector, por otra. Esta orientación *psicotécnica*, es decir, el intento de controlar técnicamente las condiciones de recepción: la captación de la atención y su continuidad, el impacto afectivo, el tiempo de lectura, etc. señala un objetivo fundamental de la modularización y el formateado en la industria textual moderna.

Inseparable del proceso de modularización es, en efecto, el de formateado, pero no hay una definición clara y unívoca del formato. La que parece más antigua es ésta: tamaño de papel normalizado por la industria de la impresión, y por extensión, dimensiones estandarizadas de una fotografía, de un cuadro, etc.

Aun refiriéndose sólo a los parámetros espaciales ya se ve que la noción de formato puede remitir a dos significaciones no equivalentes: la figura sensible de un soporte material y la disposición o regla de configuración que ofrece a sus contenidos posibles, es decir, a la vez una forma concreta y una abstracta, un conjunto de cualidades y una estructura o un estándar¹⁰.

Dado lo lábil del concepto, podemos resignarnos a la idea de que el formato consiste en cualquier clase de "molde textual", utilizando una metáfora ecléctica que puede referirse indistintamente a las condiciones materiales y técnicas del soporte, a su configuración espaciotemporal, a la morfología textual o a una matriz de género (acepción ésta última que corresponde a la expresión "formatos televisivos" o "radiofónicos"). La metáfora del molde presupone otra: la de las actividades de "amoldamiento" planificado para someter aprioricamente los textos a ciertos patrones de producción, distribución y consumo (el "esquematismo de la producción" propio de la industria cultural, del que trataron hace más de medio siglo Horkheimer y Adorno, 1998/1944).

El formato puede entenderse, pues, como "paratexto" –esa es la categoría que Genette

de gestos» *de producción*», concebidos, preparados y vigilados por la empresa. Con la creciente racionalización del tiempo y de los movimientos productivos, este conjunto de gestos llega a constituir un *código general y formal* del ejercicio del trabajo en la industria.

⁹ Esa pérdida del sentido de la totalidad en beneficio del "conjunto funcional", trágica para Nietzsche ("el todo ha dejado de vivir; es compuesto, calculado, artificial, un artefacto"), no lo es necesariamente para la conciencia moderna. Tal como analiza Frisby (1992), Simmel, Kracauer o Benjamin, desde perspectivas diversas, encontraron en la experiencia del fragmento una vía metodológica privilegiada de acceso a la modernidad.

¹⁰ Aplico aquí las observaciones de Tatariewicz (2001: 253-278) respecto a los usos del concepto de "forma" en la historia del pensamiento estético. Los formatos informáticos de texto o imagen, así como las estructuras de datos que "formatean" un disco para adaptarlo a un sistema operativo o a un equipo de hardware, no son cualidades perceptibles para los usuarios, y por eso la mayoría tenemos una relación puramente práctica con tales fenómenos: aprendemos de modo a la vez rutinario e incidental los grandes rasgos de cómo y para qué "funcionan", y lo hacemos en un marco de experiencia intelectual reducida. Si son cualidades o resultados perceptibles, en cambio, los que resultan de las operaciones del menú "formato" que en las aplicaciones informáticas conciernen a *propiedades del texto* procesado. Y esta es una de las acepciones más frecuentes de formato: un conjunto de propiedades visuales y/o diagramáticas de un texto.

(1987) aplica a los títulos, notas, ilustraciones, maquetación y otras marcas con funciones pragmáticas- o, mejor aún, como un "metatexto", habida cuenta de que el conjunto de los elementos que son objeto de diagramación regulan las relaciones internas de los segmentos textuales así como diversas operaciones lectoras. En todo caso el formato señala el límite semiótico en que los parámetros de la experiencia sensorial (duraciones y extensiones, alturas, planos, ritmos, densidades, etc.) se superponen a los códigos lingüísticos e interactúan con ellos.

In-formar en el sentido hilemórfico es *dar forma*, unificar y ordenar un correlato material sometiéndolo a la inteligibilidad y/o a la integridad conceptual, o bien exteriorizar como expresión sensible un contenido inteligible. En cambio, la información moderna, el *dar formato*, procura la *eficacia de un proceso de comunicación* en el tiempo y en el espacio. Esto hace de ella una actividad *estratégica*, pues trata de salvaguardar las condiciones de registro, almacenamiento, transmisión e identificación textual de cualesquiera datos o contenidos, asegurando su estabilidad mediante la preservación preventiva del ruido que el contexto o los usos particularizados pudieran superponerles. Y de afianzar, en suma, su efecto pragmático: la captura de la atención y la inducción de determinados afectos. A la nitidez del concepto, la psicotecnia informativa moderna antepone o superpone la intensidad del *percepto*; a la seguridad o probabilidad lógicas de la demostración, la contundencia de la *mostración*; a la convicción de lo verosímil, el asalto de la *evidencia*.

Las consecuencias desde el punto de vista de la recepción son evidentes: el receptor es entendido y estratégicamente analizado como un *lector que reacciona* a estímulos y cuyas respuestas son susceptibles de ser codificadas y manejadas como variables, antes que como un *intérprete* que desarrolla procesos de exégesis racional. Ya antes de la psicologización ilustrada, la cultura barroca había propagado esta orientación estratégica de las prácticas comunicativas. Tal como explica Vilaltella (1994: 255-256), en el barroco el análisis del acto persuasivo incluye la atención a las disposiciones psicológicas del receptor, y por tanto una teoría de los afectos. Aún más -y esta observación me parece de una gran importancia- el "sujeto popular" aparecerá en el horizonte cultural precisamente cuando los emisores del acto persuasivo comienzan a tomar en cuenta estratégicamente los deseos y los sentimientos del receptor.

La comunicación entendida como actividad estratégica, conoció, pues, una *fase retórica*, caracterizada por la tecnificación del diálogo oral (desde Aristóteles, Cicerón o Quintiliano a Montaigne, que recrea en la escritura literaria el simulacro conversacional), y otra *fase psicotécnica* que, desde los "*Ejercicios Espirituales*" de Ignacio de Loyola a la publicidad y el arte de vanguardia contemporáneos, viene prevaleciendo a lo largo de la época moderna.

A través del cálculo crecientemente formalizado de las dimensiones funcionales del lenguaje y de los discursos visuales; merced al control psicotécnico creciente del sensorio y de las respuestas comportamentales, cognitivas y expresivas de los receptores; mediante el recuento psicosociológico de la distribución de las variables receptoras según segmentos de la población, etc., la comunicación se ha regido cada vez más por la que vengo llamando forma o matriz cultural de la información.

Sin duda la imprenta jugó un papel fundamental en ese proceso, al tratar los signos como unidades funcionales diferenciadas. Y al someterlos a la legibilidad por medio de una *sinopsis* (etimológicamente: ver de una sola ojeada) que homogeneiza la experiencia perceptiva de un conjunto de fragmentos visuales heterogéneos en un mismo plano de *consistencia óptica* (otro concepto de Latour, 1998). El propósito subyacente a esa tendencia fue el de acomodar técnico-pragmáticamente signos y textos para ampliar su comunicabilidad y su operatividad, es decir, tanto la posibilidad de trasladarlos de un contexto a otro cuanto de convertirlos en instrumentos eficaces para las más variadas operaciones del saber y del poder: las prácticas científicas y didácticas, el adoctrinamiento y la propaganda ideológica, la difusión de patrones manufactureros o industriales, la publicitación de mercancías, etc.

Un ejemplo temprano de esta praxis informativa puede hallarse en las *“Evangelicae historiae imagines”* (1593) de Jerónimo Nadal, con cuyo breve comentario cerraré esta exposición.

Durante los siglos XVI y XVII los jesuitas utilizaron en la predicación algunas imágenes evangélicas como las del padre Nadal, que agrupaban escenas de la vida de Cristo, textos explicativos, lemas, señales numéricas y llamadas internas cuya morfología de conjunto se dejaría describir hoy con el nombre de "ficha": una topología en la que la distribución uniforme de fragmentos de escritura, imágenes y signos tipográficos respondía a un esquema visual y didáctico estandarizado, a un “verdadero esquema epistemológico”, como dice Fabre (1992: 323), el mismo, en lo fundamental, que hallaremos en los hipertextos de nuestros días. Por ser extraídos del continuo de los relatos evangélicos, correlacionados sistemáticamente con determinados significados alegóricos –por supuesto siguiendo las indicaciones de los *“Ejercicios Espirituales”* ignacianos- y funcionalizados mediante llamadas numéricas a la cronología evangélica y al calendario litúrgico, pero sobre todo, por el hecho de ser sometidos a un tratamiento analítico y a una topología modular, los episodios de la vida de Cristo adquieren en este contexto el carácter bien definido de “unidades de información”.

Se ha dicho que las imágenes de la predicación contrarreformista y barroca supusieron un simple retroceso al medioevo, por su aprecio de las técnicas de la fragmentación y el consiguiente abandono de la “unidad de visión” que habían proporcionado la perspectiva y en general el perspectivismo renacentista¹¹. Pero creo que esta interpretación no tiene en cuenta algo fundamental: la nueva modalidad de praxis de la imagen a cuyo servicio se opera la fragmentación. No es cierto que en las imágenes evangélicas de Nadal, por ejemplo, falte la perspectiva: por el contrario se ha aplicado a la construcción de cada escena fragmentaria; lo que ocurre es que la perspectiva no sirve como dispositivo integrador del conjunto. Por otro lado tampoco podría desempeñar ese cometido, teniendo en cuenta que esta clase de textos incluye elementos aperspectivos como signos tipográficos, recuadros y líneas demarcadoras que cumplen una función metadiscursiva y/o indicial respecto a los propiamente icónicos.

Más allá de la integración figurativa –como problema de una estética formalista- hay que

¹¹ Así argumenta, por ejemplo, Rodríguez G. de Ceballos (*apud* R. de la Flor, 1996: 89).

preguntarse por la *unidad epistémica* de estas representaciones, y entonces se advierte que ésta ya no viene asegurada por un simulacro perceptivo por la sencilla razón de que es otro el mecanismo que la sostiene, a saber, un dispositivo modular, o para ser más preciso, una articulación conceptual y analítica de segmentos heteróclitos. La “unidad de visión” responde, así, a una nueva conformación del espacio visual -el espacio *sinóptico*- y de la “estructura del campo de visión”, entendido, en la línea de Rosalind Krauss (1998), como una matriz de simultaneidad que hace posible la visión misma como forma de (nuevo) conocimiento.

Lo que se puede inferir, en suma, es el brote de una nueva episteme que se expresa a través de textos visuales complejos en los que se están aplicando, convencionalizando y optimizando los recursos técnicos y semióticos proporcionados por la imprenta. En otras palabras, esa clase de textos no es una versión tipográfica del antiguo códice, sino una primera versión del *texto informativo* moderno cuya fase de madurez se podrá datar en la página del periódico, en los anuncios publicitarios o en los textos escolares contemporáneos. Muchos de los cuales presentan propiedades formales, semánticas y pragmáticas análogas a las que podemos reconocer, precursoras, en textos protomodernos como los de las prácticas devocionales jesuíticas.

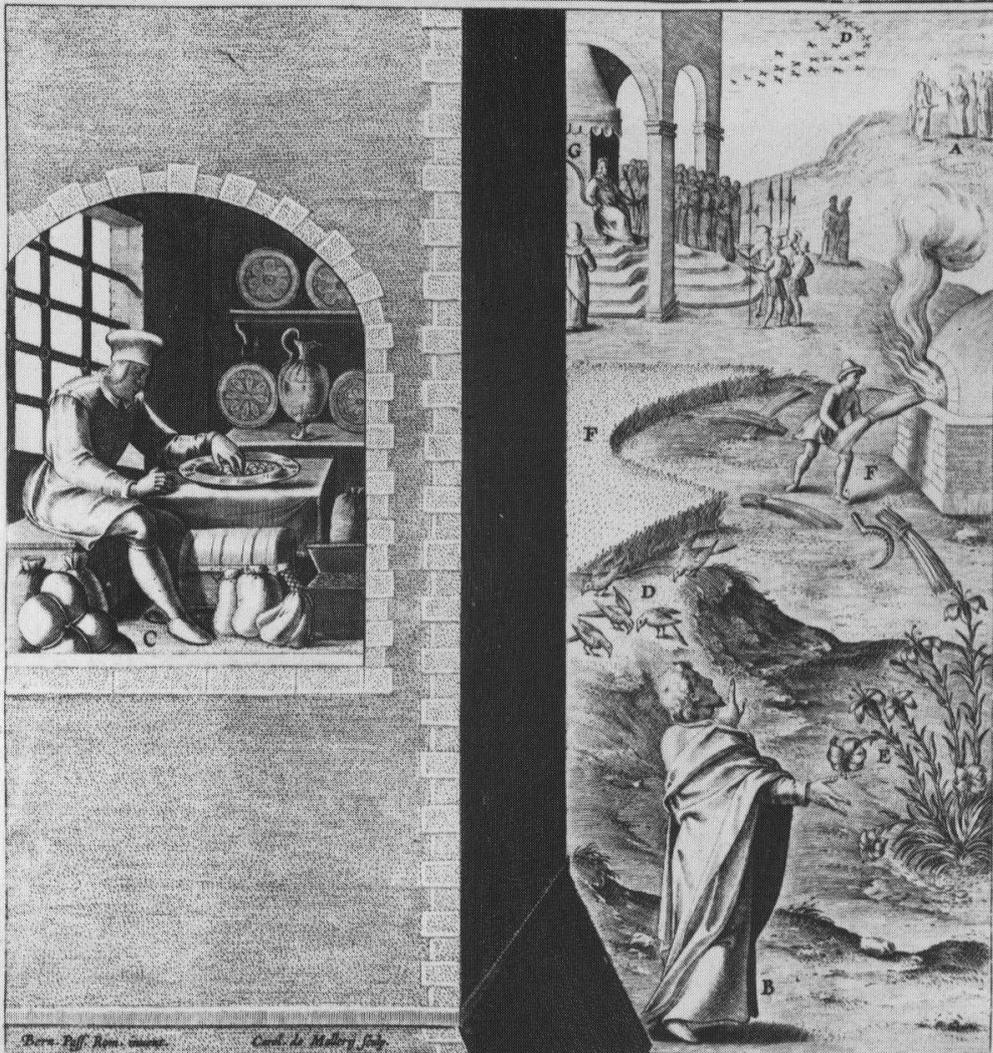
DOMINICA XIII. POST PENTECOSTEN.

Docet Christus fiduciam habendam Deo.

Matth. vi. Anno xxxi.

23

CXXXIX



Bern. Piff. Rom. sculp. Carol. de Mallery del.

- A. Mons Thabor, & campestris locus ubi docet Christus.
- B. Pro prioris Evangelij parte, homo pius describitur, qui totus est in caelum intentus, ubi thesaurizat.
- C. Alter, qui totus inhaeret lucris caducis, merces, aurum, domum, suppellectilem amplam anxie parat.
- D. Iubet IESVS respicere aves, ut quas

- Deus alit de cibo non sollicitas.
- E. Tum ornatum liliorum, quae non laborant, neque nent.
- F. Pratum herbis, ac floribus comestitum.
- G. Salomon in Domo sua magnificentissime vestitus, illis conferri non potest.
- A. Docet ex his; Nolite solliciti esse. Quae sit primum regnum Dei, &c.

DOMINICA XV. POST PENTECOSTEN.

Euangelium legitur feria v. Dominicae iij. Quadrages. Inde petatur imago et adnotatio 28.

Referencias bibliográficas

- Abril, G., 1997: *Teoría general de la información. Datos, relatos y ritos*. Madrid. Cátedra.
- Althusser, L., 1974: *Ideología y aparatos ideológicos de estado*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Badiou, A., 2002: *Breve tratado de ontología transitoria*. Barcelona. Gedisa.
- Barthes, R., 1980: *S/Z*. Madrid. Siglo XXI.
- Baudrillard, J., 1974: *Crítica de la economía política del signo*. México. Siglo XXI.
- Benjamin, W., 1991 (1936): "El narrador", *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid. Taurus.
- Castells, M., 1997-98: *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura*, 3 vols. Madrid. Alianza.
- Chibnall, S., 1981: "The production of knowledge by crime reports", en Cohen, S. y Young, J. (eds.), 1981: *The manufacture of news. Social problems, deviance and the mass media*. Londres, Constable y Beverly Hills. Sage, págs. 75-97.
- Coriat, B., 1982: *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid. Siglo XXI.
- Derrida, J., 1997: *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid. Trotta.
- Fabre, P.-A., 1992: *Ignace de Loyola. Le lieu de l'image. Le problème de la composition de lieu dans les pratiques spirituelles et artistiques jésuites de la seconde moitié du XVI^e siècle*. París. EHESS.
- Foucault, M., 1970: *La Arqueología del saber*. Madrid. Siglo XXI.
- Frisby, D., 1992: *Fragments de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid. Visor.
- García Gutiérrez, A., 1996: *Procedimientos de Análisis Documental Automático. Estudio de Caso*. Sevilla. Junta de Andalucía.
- García-Miguel, A., 2001: "Están que trinan", texto de autor para la exposición *Mortajas*, Galería Paloma Pájaro, Salamanca.
- Genette, G., 1987: *Seuils*. París. Seuil.
- Gomis, Ll., 1989: *Teoría dels gèneres periodístics*. Barcelona. Centre d'Investigació de la Comunicació-Generalitat de Catalunya.
- Horkheimer, M. y Adorno, Th. W., 1998 (1944): *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid. Trotta.
- Krauss, R. E., 1998: *The Optical Unconscious*. Cambridge, Mass. The MIT Press.
- Landow, G. P., 1995: *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*. Barcelona. Paidós.
- Latour, B., 1998: "Visualización y cognición: Pensando con los ojos y con las manos". *La Balsa de la Medusa*, nº45/46, págs. 77-128.
- Latour, B. y Hermant, É., 1999: "Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas, colecciones", en García Selgas, F. J. y Monleón, J. B. (eds.), 1999: *Retos de la Postmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas*. Madrid. Trotta, págs. 161-183.
- Luhmann, N., 1997: *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*. Barcelona. Anthropos-Universidad Iberoamericana.
- Liotard, F., 1984: *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid. Cátedra.
- Maciá, M., 2000: *El bálsamo de la memoria. Un estudio sobre comunicación escrita*. Madrid. Visor.
- Mattelart, A., 2002: *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona. Paidós.
- Nunberg, G., 1998: "Adiós a la era de la información", en Nunberg, G. (comp.), 1998: *El futuro del libro ¿Esto matará eso?* Barcelona. Paidós, págs. 107-142.
- Poster, M., 1989: *Critical Theory and Poststructuralism. In search of a Context*. Ithaca, Londres. Cornell U.P.
- Poster, M., 1990: *The Mode of Information. Poststructuralism and Social Context* Chicago. The University of Chicago Press.
- R. de la Flor, F., 1996: *Teatro de la memoria. Siete ensayos sobre mnemotecnia española de los siglos XVII y XVIII*. Salamanca. Junta de Castilla y León.
- Sierra Caballero, F., 1999: *Elementos de Teoría de la Información*. Sevilla. MAD.
- Tatarkiewicz, W., 2001: *Historia de seis ideas: Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia, estética*. Madrid. Tecnos.
- Vilaltella, J. G., 1994: "Imagen barroca y cultura popular", en Echevarría, B. (comp.), 1994: *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*. México. UNAM, págs. 245-275).
- Wright, Ch. R., 1976: *Comunicación de Masas. Una perspectiva sociológica*. Buenos Aires. Paidós.